

LEYENDA AUREA GIENNENSE

Manuel Urbano

Edita: Asociación Cultural Enrique Toral y Pilar Soler

Alcalá la Real, 2013

ISBN: 978-84-89014-71-8



La última obra de Manuel Urbano es una obra póstuma, pues ha visto la luz poco tiempo después de la muerte de su autor. De su existencia tuve noticia cuando aún la estaba gestando y luego tuve el privilegio de ser elegido por él mismo para revisar el primer manuscrito, aunque bien poco pude contribuir, conociendo la meticulosidad con la que Urbano trabajaba, sin dejar apenas hilos sueltos en sus argumentaciones. Pero me sirvió para constatar que se trataba de una obra muy especial para él, que le producía a la vez ilusión y no pocos reparos, pues con ella hurgaba en lo más sagrado la cultura giennense, nuestra capacidad para relacionarnos con las esferas sobrenaturales. ¿Se molestarán algunos de nuestros paisanos más creyentes?, supongo que se preguntaría alguna vez, aunque bien pensado no creo que lo hiciera, pues podía más en él la oportunidad de desenmascarar con su natural socarronería y elegancia inductiva los excesos que cometemos las criaturas cuando nos creemos más cerca de lo que debemos de nuestras propias fantasías.

La obra de Manuel Urbano constituye una gran contribución a la mitología giennense de tradición oral. En ella le pone historia a cada santo, a cada Virgen o Cristo que haya posado su mano benefactora en la provincia de Jaén. Con su particular manera de hacer etnohistoria, Urbano nos regala un verdadero ensayo sobre lo portentoso, sobre lo maravilloso en la mentalidad popular. Un imperio de la fantasía donde no solo habitan santos y apariciones, sino también niños y personas monstruosas, monjas hermafroditas, huesos de los que emanan litros de sangre, conventos que son engullidos para preservar a sus monjas de la profanación, hombres convertidos en estatuas de piedra, obispos cabalgando a lomos del diablo en viajes supersónicos. “*Estamos –nos aclara el propio autor-, no caben dudas, (alucinados y visionarios al margen), ante el imperio de la ciega fantasía y de la fabulación, de la superstición y de la credulidad, de lo falaz en suma*”.

Así pues, la *Leyenda Aurea Giennense* es un itinerario por las corrientes del imaginario fantástico jiennense, cultivado por personas poco instruidas y alimentado por clérigos visionarios o ciegos romancedores que pregonaban desde los púlpitos o desde las encrucijadas de los caminos los portentos ante los cuales la gente debía maravillarse. Un solar de fantasía que transita desde las vírgenes fronterizas medievales, a las milagrerías barrocas y las fantasmagorías románticas. Con un límite, el que marca la heterodoxia creencial, representada por curanderos y otros santos marginales más modernos, que Urbano ha querido excluir para no enmarañar más la madeja.

El etnógrafo de *Campanas y cohetes* se convierte ahora en biógrafo de las devociones más populares en el Santo Reino, más de un centenar de advocaciones con sus respectivos altares y santuarios. Desde el mismísimo *Santo Rostro* en su fastuosa catedral-santuario de la capital hasta la replicada *Virgen de la Cabeza* en su casa matriz de las malezas de Sierra Morena. Desde las *Fuensantas* de Alcaudete, Huelma o Villanueva, reconocidas por las salutíferas aguas que los devotos tomaban como medicamento, hasta devociones expurgatorias como el *Cristo de las Injurias*, de claros tintes antisemitas. Desde los mártires de los primeros tiempos del cristianismo, que dejaron reliquias o leyendas en nuestra tierra, como Isicio, Tesifón, Bonoso o Maximiano, hasta la interminable nómina de

Cristos y Vírgenes que propiciaron la cristianización del Reino, haciendo de castillos y torreones lugares sagrados y de culto.

A través del trasunto histórico que ha marcado cada una de las devociones jiennenses, Urbano nos muestra las alteridades de los sueños y la razón, encarnadas en las posiciones encontradas entre la clerecía, que teóricamente debía ser cómplice de los manejos de las mentalidades. Y así ocurrió en el barroco jiennense, con sus tensionamientos espirituales al servicio de la contrarreforma, destacando el aparato propagandístico de la saga Moscoso y Sandoval. Algunos de los próceres de su cámara fueron cronistas, propagadores, y tal vez inventores, de algunas de las fantasías devocionales de su época, que divulgaron en obras tan influyentes como el *Catálogo de Obispos* de Ximena Jurado (1654), o el *Santos y Santuarios* del padre Vilches (1633), que fue secretario del Cardenal.

En el contrapunto sitúa Urbano los combates dialécticos de los ilustrados, como el caso de Feijoo, que a propósito de la leyenda de la transportación mágica del Obispo San Eufrasio, arremete contra la irracionalidad de las milagrerías tridentinas. Pero el mayor de los críticos, tal vez fuera el deán Martínez de Mazas, al que el autor de la *Leyenda Aurea* ya mostró su admiración al publicar su memorial inédito “*sobre el indebido culto que se da a muchos santos no canonizados*”, que desde la indagación histórica propone un verdadero saneamiento de la hagiología de la diócesis. Una posición racionalista que más tarde movería las iras de tradicionalistas como Rodríguez de Gálvez o Muñoz Garnica, volviendo a las reivindicaciones dogmáticas.

En su libro, Manuel Urbano introduce el problema de la verdad histórica y la instrumentalización del poder en la creación de conciencias colectivas, una misión de adoctrinamiento complementaria al pulpito y al confesionario. Siguiendo a Christian, Velasco o Rodríguez Becerra, reivindica la adopción del concepto de religiosidad local, donde el acontecimiento maravilloso, tras siglos de ser dicho y ser creído, se integra en la genética identitaria de la colectividad, hasta el punto de que al ser dudado se pone en cuestión la propia verdad de la comunidad.

En síntesis, la obra póstuma de Urbano nos muestra a Jaén como un paraíso de las maravillas tan increíble como innegable. Si queremos conocer un poco más sobre cómo somos y cómo pensamos los jiennenses

ses, si queremos comprender nuestra inclinación hacia las cosas raras, si queremos pasearnos gozosamente por nuestros propios extremos, solo tenemos que leer esta *Leyenda Aurea*, descubriendo los miles de resquicios desde la elegante y sólida prosa de su autor:

“Adentrémonos en el catálogo de algo más de un centenar de advocaciones jaeneras –a nuestro juicio, toda una desmesura de inequívoca riqueza simbólica- y en el origen legendario o mítico de las mismas o sus imágenes, a las más, como ya señalara el padre Torres, en 1677, Dios, en su inmensa sabiduría y milagrosamente, las iba descubriendo poco a poco”.

En este libro, Manuel Urbano nos invita a descubrirlas todas a la vez.

*Dr. Manuel Amezcua
Universidad de Granada*